

PQ6607

I3

R4

ES PROPIEDAD



CAPITULO I



la puerta del cafetín platican los señoritos de la aldea. Da el cafetín sobre la ría y enfrenta con la barra, donde rompe ahora el océano en ténues y acariciadoras espumas. La sombra de un toldo refresca aquel delicioso lugar, y los señoritos esperan, entre sorbo y sorbo de cerveza ó vermouth, el regreso de los botes que han de recoger á los bañistas en la vecina playa.

Son estos señoritos, aparte caudales y vestir, tan aldeanos como los de boina y chaquetilla marinera. Solo de paso van, si es preciso el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

viaje ó la fiesta mayor, á la capital provinciana. De Madrid saben por los periódicos; de letra por milagro patente del maestro de primera enseñanza.

Ricos están por los méritos de sus padres, que en el almacén, en la tienda ó en la fábrica escabechera, realizan su Agosto todos los doce meses, cuando no en la campiña, donde recogen pródigas cosechas de hierba, guardada usurariamente en los silos, al acecho de épocas de escasez.

Honrados son á carta cabal los benditos señores. Descontando el acaparamiento de la hierba, el aumento de algunos gramos á las pesas de sus almacenes, el acortamiento del metro en sus medidas, el aguar el vino, el mermar el aceite y el caciquear unas miasjas, no hay que ponerles pero.

Allá, cuando el maestro de escuela expidió á las criaturas de estos padres, certificado de sapiencia, enviáronlos al instituto provincial. Pocos ascendieron á bachilleres; (la

influencia tiene sus límites) y los padres hartos de gastar en vicios y gandulerías el fruto de los tragines comerciales, decidieron retornar á sus vástagos.

En la aldea viven bajo el cielo gris de la montaña, juntando bolas sobre la mesa del billar, jugando á los naipes en el café, tumbando mozas en las romerías y cazando liebres y codornices. No abundan estas mucho, pero hay las suficientes á justificar el gasto de los perros.

Petrificados por la holganza y roídos por la estolidez, vegetan los señoritos aldeanos, mientras salta la paterna herencia, ó viene el casorio con alguna moza de su prosapia y condición.

Aumentan el grupo señoril algunos indianos de entra y sal. Fueron á América, ahorraron, en seis ó siete años de bestial servidumbre, unos centenares de pesos y regresaron al poblado presumiendo de ricos, con su golpe de cadena, extraplano, sortijón de piedra brasileña y camisa de cuello en pie.

Admitenles al trato suyo los notables mientras dura el gasto de los pesos. Gástanlos grotescamente los indios de similar en espera de que les traiga su deslumbre bodorrio; y al cabo de unos meses regresan á Indias sin dinero y sin novia. Desde América siguen mintiendo montes de oro á sus padres y hermanos que ven el oro en las letras escritas y las pesetas no ven en las de cambio.

Los indios ricos son mundo aparte. Viven á usanza de feudales señores en sus restauradas caserías y á regañadientes otorgan el saludo.

Zafios, groserotes, sudando la riqueza en gotas de brillantes por dedos, puños y corbatas, pasan graves dentro del coche campesino, exhibiendo bajo el jipijapa, si es verano, bajo el gaucho de castor, si es invierno, sus innobles carazas, amén de la india que se les ayuntó allá abajo y de la prole verdinegra, producto del cruce.

Descontando indios de entra y sal, el círculo señorial de la aldea es *sancta sanctorum*.

Hay en estos lugarejos más separaciones y etiquetas que en las grandes ciudades. También usan Gotha los personajes aldeanos. Quien no ajusta con los ritos del almanaque, raza inferior es para los caballeros de talega en arca y metro en ristre.

Girando dentro de sí propio, vive este señorío los tristes inviernos montañeses.

Los hombres miran caer la lluvia por los cristales del café, aumentando el vaho de la niebla con los humos de sus puros de *á quince*, enviándose *amarracos* en la mesilla verde y comentando sus conquistas: ¡pobres conquistas de hembras mal lavadas, á quienes rinden los mandatos del hambre y no los decretos del amor!... Con una hogaza ganan aquellos donjuanes á las mozas. En cada beso cobran los intereses de un mendrugo de pan.

Las señoritas, sin perjuicio de odiarse y envidiarse una á una, forman congregación ridícula que va unánime á la novena y al paseo, á la romería y al confesonario. Tra-

ducen sus resquemores solteriles en murmuraciones contra las pescadoras que aman al libre por cercas y peñas y matojos; y aguardan ojeras á que sus padres concierten bodas para ser esposas de hombre ante el señor cura y dar clientela infantil al Gotha de la vanidad lugareña.

Pasó el invierno montañés con su océano babeador de espumas, con sus cielos ceniza, con sus prados gotteantes de escarcha, con sus caserías rezumosas, donde el humo de las chimeneas es una niebla más, con sus caminos embarrados, donde sólo tienen voz el monótono golpear de la lluvia, el chirrido áspero de la carreta y el canto del gañán que se acompaña con los zuecos aguijando los bueyes.

Al presente es estío. Sobre un cielo de pálidos azules, luce esplendoroso, con blancuras aceradas, el sol.

Lluvia de plata son los átomos tibios de su lumbre golpeando contra la ría. Esta se hincha al impulso de la marea y va subiendo, subien-

do en caricia húmeda y lasciva, al largo de la playa. Encaje es la espuma que se riza sobre la arena.

Hasta el arenal de oro bajan los prados verdes, haciendo congreso de matices. Las montañas lejanas se difuminan entre gasas color violeta. El pueblo blanquea con resplandor alabastrino. El ruinoso castillo, á cuyos pies tiró anclas la escuadra del almirante Bonifaz, se inclina sobre el espejo de la ría como un viejo temblón y añorante. El templo románico se yergue en una altura dominando á la aldea, sonriendo con la boca de su alto campanario, á la casa plateresca del inquisidor Corro; ella también sonríe á la iglesia por los huecos de sus desconchados balcones. Es un saludo de comadres.

A espaldas de la iglesia se abocentan los picos de Europa, triunfadores sobre la atmósfera; coronados de hielo.

Lejos, tras la barra, alientan las aguas del océano.

Ni un pliegue, ni una espuma hay

en él. Silencioso, profundo, con tonos prusí y esmeralda, baja el mar desmayadamente desde los confines del espacio. Allí se juntan cielo y agua. Una bruma rosácea oculta la caricia.

Al pueblo llega con sonos reidores el vocerío de la playa. Entre las olas van y vienen siluetas que ennegrecean y remarca el sol, dándoles tonos de aguafuerte; un barqueró, medio tendido en la popa del bote, deja que el bote le columpie, y canta con soñolienta voz:

Marinera, marinera
conmigo á la barca ven;
donde quieras, marinera
en ella te llevaré.

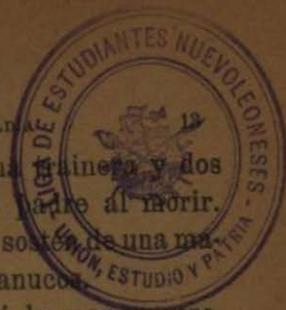
Los remos, caídos al descuido por los costados de la lancha, rozan á cada balanceo las ondas, dibujando signos de espuma en su cristal. Díjérase que los remos van copiando las canciones del hombre para que el agua las conduzca hasta la hembra querida.

El cantor es Güiro, un mocetón de veintiseis años, más alegre que mañana de sol. Pescar es su oficio; á

su cargo corren una marinera y dos botes que dejó su padre al morir. Con ellos ayuda al sostenimiento de una madre y cuatro hermanucos.

Hoy no se hizo á la mar y patrona uno de los botes, al objeto de traer y llevar bañistas de la playa al pueblo y del pueblo á la playa. Más ganancia dejan los veraneantes que los peces. Menor es el trabajo y ninguno el riesgo.

Lo malo es que hoy se tarda el pasaje más de lo corriente y Güiro ha de ver á *la Cantora* antes de mediodía. Fué la moza á vender sardina por los pueblos del interior y es de monta y prisa el recado. Vaya que siempre entretiene la venta. No es fácil engañar á los compradores y sacarles unas perrucas sobre el precio usual. Aparte de que ella, si no le vé en el muelle, encontrará pretexto para retardar el camino. Todo será que su padre la caliente el lomo con un retorcido de cáñamo; y esto no es para la moza novedad. Seguro que la tropieza antes de comer. En tal confianza dormita Güiro al sol, can-



turreando una canción que los otros barqueros corean con el estridente ¡jujuy!...

—Buen verano, Güiro — grita al mozo uno de los barqueros. — Más de cuarenta madrileños pasan por tus botes á diario; y la tarde y la trainera libres.

—Todo es menester — responde Güiro interrumpiendo su cantar — que en la mi casa muchos hay y el invierno es largo y el vino no danlo gratis en la tienda. Todo es menester; — sigue — aluego ciérrase la barra y has de estarte papando moscas en los barandales del puente ó pescando zataros que pa el caso y pa la tripa menos aún que moscas resultan.

—Razón llevas — murmura el viejo; y, dando rostro á la playa prosigue: — Allá vienen los tuyos, Güiro. Prepara la plancha, que los madrileños no gustan de mojarse los pies.

Güiro se alza de sobre el banco, iza el arpeo, empuña los remos y haciendo que su bote emproe con la arena deja caer á la playa un tablón:

luego salta y queda sujetando la barca, con el agua hasta las rodillas.

En su carota noble, vive la risa como en su palacio natural.

Siempre están abiertos sus labios para lucir la dentadura; si alguna vez se cierran los labios, siguen sonriendo los ojos con reir granujón.

Sobre el pecho del botero se abre una blusa roja; ceñida á los riñones va por ancha faja azul; azules son los pantalones que remangados lleva; herculianas las pantorrillas; anchotes los pies para resistir sobre la trainera los trallazos del vendabal y el peloteo de las olas.

—Aún te queda otro viaje — afirma el viejo, dirigiéndose á Güiro.

—¡El más güeno! — añade otro. — El pintor y el músico pagan sin regateos. A la cuenta, vinoles herencia de Ultramar.

—Bien pagan — dice Güiro — y aún mal pagándolo, sirviérales con mejor voluntad que á denguno. Son francotes y de amigo á amigo me tratan; no como los otros bañistas. Danse estos mucho pisto; tal que si fueran

príncipes; aluego pué ser que en los Madriles se hinchen de borona.

—No hay borona en la corte.

—Habrà mendrugos y con ellos harán las sopas los que ahora todo refúñanlo. El músico y el pintor son distintos. ¡Y que buenos cigarros fuman!

—Algo locos deben estar. El otro día que fuistes á gibiones alquilóme el músico la lancha; metióse dentro de ella con una caja que parecía ataúd de niño y cuando estuvimos en la mar sacó de la caja un vigolín y dale que dale, estúvose más de dos horas rascando las cuerdas y hablando sólo en tan y mientras que rascaba. Ello sí, tocar toca bien; ningún ciego de los que aportan á la aldea le pué competir.

—¡Pues y don Alberto, el pintor! ¿Haisle visto, cuando está dale que le das á la brocha, frente aquel cachote de lienzo, grande como una vela? Ojos de loco pone á veces; muchas se encara con las olas y les dice sermones. Si está la mar bella, pónese de un humor de perros.

—¡Porque la marejá cuadra más pa la su pintura!—interrumpe Güiro.

—¡Y qué ola, Dios, qué ola la primera del cuadro! ¡La que rompe encima de la playa!... Tal que de veras es. A la cuenta, si ella sonara, podría juntarse con las otras, sin que un Cristo dijera cual era la pintá y cual no. ¡Paice mentira que revolviendo colorines puan salir personas y casas y montañas! ¡Ni que fuera brujo don Alberto! Pues ¿y el mi retrato? Hablando estoy, con la pipa entre la dentaura y echando más humo que una vapura en viaje. Pa la rifa entrégolo. ¡Bien voy á presumir con las señoritas de la tómbola!

—¡Que lo digas, Güiro, que lo digas! Y bien van á presumir con tus parroquianos las Escritoras. Han tomado en serio el cortejo.

—¡Probecillas!... Mal hacen. Estos galanes de verano son como costera de bonito: duran hasta el Setiembre.

—Ellas estanse dos mozucas, de la virgen; váyase con Dios.

—¡Tan guapas, como pobres! Señoritas sin aquel ande apoyar el seño-

rió. Mala suerte es la suya. Pa nosotros los pescaores, mucho son. Pa los señoritos que sólo se pagan de la plata, son poco. Ruín cosecha les aseguro. Con palma han de morir, si no tiran por la calle de enmedio, Ea, ya está ahí mi flete.

Güiro afirma el tablón y tiende la mano á los bañistas.

Diez y ocho ó veinte son, entre mujeres y hombres. Llevan las mujeres trajes de percal y anchas sombrillas de estrepitosos colorines. Los hombres se doblan el pantalón hasta los tobillos y gastan sombreros de paja que por su uniformidad parecen adquiridos en saldo. Bien es cierto que también ellos y ellas parecen saldo de personas.

Los remos caen sobre las aguas salpicando el bote con burbujas de plata y el bote avanza por la ría bajo la divina lumbre del sol. A sus rayos, vistas de lejos, desde las arenas de la playa, parecen las sombrillas enormes flores rojas, azules, anaranjadas, violeta... Una cabecea entre las demás como un lirio gigante.

Mansas van las aguas á morir en los escalones del puerto. Despacio vá el bote recreándose con el dulce baño solar. Del paisaje se desprenden hálitos de caricia.

A la sombra del toldo los señoritos beben y platican, volviendo al paisaje la espalda.





CAPÍTULO II

EN la playa apenas queda gente. Unos por la ría, otros por la estrecha franja de arena que al puente de los veintiocho ojos conduce, los bañistas se dirigen hacia la aldea, en busca del yantar.

El fogón de la Gaspara, próximo al balneario, desborda humo por la redonda chimenea. Sus ventanas, de par en par abiertas, envían al aire excitante olor de pesca en fritura. Al requerimiento de este olor acuden los bañeros, sin mudarse les mojadas ropas de franela.

Junto á unas rocas trabajan Alber-

to y Enrique, el pintor y el músico, de quienes hicieron conversación los barqueros.

El músico, recostado contra un peñote, repasa unas cuartillas donde hay notas musicales, escritas con lápiz. De tiempo en tiempo se incorpora, tacha algunos signos, escribe otros y vuelve á revisar los papeles. A veces los deja resbalar por sus manos, poniendo vista en el cielo azul y oído á los rumores de las olas.

Pasa entonces por sus ojos un relámpago creador, sus largos cabellos se encrespan y sus labios se mueven pronunciando frases sueltas, desarticuladas, imprecisas.

El pintor trabaja frente á un lienzo de dos metros en cuadro. Tiembla febril la mano donde la paleta se afirma, titubea la que maneja los pinceles, antes de tocar en el lienzo. Los ojos del artista se recogen tras los párpados entornados para absorber los más insignificantes matices de la luz; una arruga contrae su frente descubierta por el sombrero que le cae hacia atrás; hacia atrás se in-

clinan su cabeza y su cuello para que los ojos estudien el efecto de cada pincelazo.

—¡Nada!... ¡Nada!... Hoy sería inútil, completamente inútil—exclama Alberto, arrojando al suelo los pinceles.—Esta maldita luz tiene brillanteces asesinas, que destruirían el conjunto de la obra. ¡Bien pudo el sol esconderse entre nubes y enviarme su luz como la necesito: dulce, grisácea, cernida por gasas color de ópalo! Esta es una luz repugnante, sencillamente repugnante. ¡No hay manera de trabajar! Como dé el sol montañés en volverse andaluz, quedará sin concluir mi cuadro. Los paisajes de la montaña no están hechos á los descaros del sol. Aquí para nublarse es una obligación del astro. Cuando la cumple, el verde de los montes se difumina sobre los grises de la atmósfera y es terciopelo mate, no seda lustrosa como en este momento. Luego, al brillo del sol, las líneas de la cordillera parecen costillas de un esqueleto enorme. Yo quiero esas líneas suaves,

redondeadas, como una carne de mujer. Así harían contraste con las bravuras de este mar. ¿Y el mar? ¿Has visto qué ridículo está hoy? ¡Ni una ola formal! Olillas que mueren suspirando en la playa y apenas al tocar la barra se encrespan. ¡Ni un manotazo de espuma contra los picos del rocaje!... ¡Ah, mar azul, de un azul hipócritamente mediterráneo! ¡El océano azul y tranquilo!... Eso es estafar á un colega. ¿Qué dirán las playas de Alicante y de Málaga? No, amigo océano; yo te quiero con tus matices verdinegros, con tus crispaciones monstruosas, con tus espumas color bilis. Tal soñé mi cuadro. Tal me hace falta para que la barca caiga volcada en tus remolinos y la ola se combe como una montaña desprendida de lo alto sobre los náfragos que bracean y rugen. ¡Así has de ser, como eras en estos días anteriores! ¿Verdad tú que llevo razón?

—¿Decías?—contesta Enrique alzando la cabeza.

—Decía que soy un estúpido ha-

blándote. Sigue, sigue con tus garabatos y perdona que te haya sacado del sueño musical.

—El sueño huyó, Alberto. El mar suena á besos, el aire á diálogo de amor. Yo necesito oír sollozos y coléricas imprecaciones. Otro día será. ¿Adelantaste mucho?

—Ni un brochazo.

—Yo peor aún. Las correcciones hechas resultan una imbecilidad. Estaba mejor antes. ¡Ea, ea! cuando la inspiración dice nones es inútil emperrarse contra ella.

Enrique, doblando sus cuartillas, las mete en un bolsillo de su americana de dril.

—¡Mañana perdida!—dice Alberto limpiando los pinceles.

—Nada se pierde, Alberto. Los mismos instantes de esterilidad, de lucha infructuosa, son gimnasia que nos dispone para producir. Calmas semejantes á la del océano. Dentro de él y dentro de nosotros vive la fuerza triunfadora... Después de todo, si el término de nuestra labor se retrasa unos días, también se re-

trasará nuestro viaje, y algo hay en la aldea que nos retiene con lazos de placentera esclavitud. ¡Son encantadoras!

—¡Encantadoras!... En mes y medio que las trato, se me ha entrado Julia en el corazón.

—Y Dolores á mí. No es lo peor que ellas se hayan entrado en nuestros corazones; lo peor es que nosotros vamos metiéndonos en los suyos.

—¿Por qué lo peor?

—Porque el verano acaba y lo que para nosotros será grato recuerdo, será para ellas, acaso y sin acaso, un pesar. Hemos hecho mal en jugar al amor con ellas. ¡Pobres niñas!

—¿Pobres?; ó felices. ¿Quién sabe? Siempre es dicha el amor, aun cuando como el nuestro no haya llegado á la divina plenitud de la posesión. Felices somos adorando á esas criaturas. ¿Por qué no han de serlo ellas adorándonos á nosotros? Dejemos que el amor nos lleve. Ley es de amor que ha de seguirse con los ojos cerrados.

—¿Te pone el paisaje romántico?

—Me pone romántico el recuerdo de Julia. ¿Quién iba á decirnos que tropezaríamos, en un lugarón, con dos criaturas así?

—Verdad. Siguiendo tu parrufería romántica, vale decir que sólo el viento de la desgracia pudo arrojarlas á esta aldea.

—A ella vino á morir el padre. ¡Lástima de hombre!... Algunas veces nos hemos deleitado recitando sus versos. ¡Cuánto peleó!... Cuando tocaba el triunfo, la maldita parálisis acabó con su inteligencia. Menos mal que la mujer tenía en este rincón de la montaña una casuca y unos prados. Si no, hubieran pedido limosna. Aquí vivieron, aquí murió el padre, olvidado de todo el mundo, hasta el otro día de morir. Entonces hicieron artículos encomiásticos los periódicos y dió el Ateneo una velada fúnebre.

—Y aquí viven las hijas, en este ambiente de miseria intelectual y moral. ¡Ellas, hechas desde que nacieron al ambiente libre del arte!...

—Tenías razón al decir pobres niñas... ¡Pobres!... No por amarnos, por su pobreza, por su vivir en este pueblo, todo sordidez y egoísmo.

—La madre es una santa.

—Y ellas dos hermosuras. A más inteligentes y seductoras, cada cual por su estilo. Si en Dolores atraen la dulzura y la resignación, atraen en Julia las bravezas y le energía. ¡Muy dentro de mí está!... ¡Ay, si ella quisiera!... ¡Si no la aterrara esta condición mía que á ningún lazo reglamentado se quiere su-
jetar!...

Hubo un silencio. Enrique sacó de nuevo las cuartillas y se puso á escribir. Alberto quedó inmóvil, boca abajo sobre la arena, acariciando distraídamente su pincel dando frente al mar, clavando sus ojos en las olas.

En aquella pausa los dedos de Alberto oprimen el pincel y convirtiendo en estilo su mango, trazan rayas maquinales sobre la arena. Las rayas forman letras: las letras dejan dibujado una y otra vez este nombre: *Julia*.

Por un sendero que en suave pendiente conduce desde la montaña á la playa descenden tres mujeres.

Una de ellas cubre con negra sombrilla su cabellera blanca y se apoya en el brazo de una muchacha joven.

Otra joven camina delante de las dos. Alta es, graciosa y firme en el andar. Sus ojos, de un azul oscuro, relampaguean entre el pestañal retorcido; sus cabellos tienen matiz de bronce sin pulir; blancos dientes asoman por los corales de sus labios; la barba es fuerte; redondo el cuello que la chaquetilla de batista descubre; alto el seno, estrecha la cintura y menudos los piés. Una sombrilla roja hace pabellón á su rostro y lo empurpura con reflejos de llama.

—¡Ay, Julia, Julia!—dice con voz dulce la madre.—Olvidas que estas piernas mías van perdiendo el vigor. ¡También fué capricho traernos por la montaña abajo, á cuenta de volver al pueblo por el caminito que nos condujo á la Colonia!

—Poco es el rodeo, mamá—res-

ponde Julia, deteniéndose para reunirse al grupo que forma su hermana con la madre.—Luego que te conviene andar. El médico te lo tiene ordenado: paseo y distracción. Eso repite á todas horas D. Antonio.

—Distracción ya la tuve arriba, en la colonia.

—Y lágrimas—interrumpe Dolores.

—Lágrimas así traen más consuelo que dolor. Amigo de tu padre fué uno de los profesores encargados de la colonia; de tu padre hablamos y con las memorias se me vino el llanto á los ojos. Pero llorando, fui dichosa. ¡Creí volver á los tiempos en que vivía él! ¡Qué existencia tan contraria á la de hoy soñaba para vosotras dos!... En fin...

—No vale la pena entristecerse, que ahora serían de amargura las lágrimas—dice Julia.—Ea, dame la mano; aquí está el camino difícil. ¡Ajajá!... Ya tocamos la playa. Por ella, pian pianito al pueblo.

—¡Qué encanto de chiquillos! Un cielo parece la colonia.

—Verdad es, Dolores. Suéltame, por aquí puedo andar sin apoyo. Pero no vayáis tan deprisa. ¡Ah!... Ya me explico el afán de Julia por venir á la playa. Alberto y Enrique están junto á las peñas. Mal hacéis, hijas mías, mal hacéis en acariciar ilusiones que no deben realizarse.

Y la señora de los cabellos blancos sonríe, contemplando á sus hijas con ojos de ternura y bondad.

Sus hijas no la escuchan. Juntas, cogidas por los talles, con paso ligero y coquetón siguen playa adelante. Las sombrillas se abren detrás de sus cabezas; mézclase el azul de la una con el rojo de la otra, y entre rojos y azules gallardean las dos cabecitas juveniles; el aire trae y lleva, mezclándolos también, mechones rubios de la cabellera de Dolores, mechones bronceos de la cabellera de Julia; una misma dirección siguen los ojos dulces de aquélla y los ojos apasionados de ésta; una misma esperanza hay en el sonreír de sus bocas. Amor las con-

duce, enlazadas por la cintura, al encuentro de los dos hombres que sueñan allá abajo, pronunciando mentalmente sus nombres, escribiéndolos sobre arena de oro que la alta marea cubrirá.



CAPÍTULO III

Es humilde la casa, edificada sobre una calleja que linda con el campo. Llégase á los muros por un huertecillo donde las urgencias del vivir no dan cuartel al jardineo. Coles, patatas y judias son principal ornamento en aquella verdura. Sólo frente á la puerta se descubren planteles de rosas, de margaritas y geranios. Las rosas murieron á los rayos de Julio. Las margaritas se abren tímidas, inclinandose ante el aire que las acaricia en señor. Los geranios, de encendido matiz, cabecean gallardos, con

vanidad de buenos mozos. Ancho emparrado sirve de toldo al portalón.

Los muros se desconchan sin que el revoque acuda en auxilio de su vejez; las ventanas, desencuadradas, chirrían por sus grietas, al menor envite del viento; algún que otro vidrio tapa sus roturas con un remiendo de papel. Por las ventanas se descubre el mar y encima de éste unos prados minúsculos donde florece la hierba y se grana el maíz.

Recurso único de existencia son la casita y los prados y el huertecillo para doña Mercedes. Cortos fueran ellos á las precisas atenciones, si madre é hijas no se ayudaran con el trabajo de sus manos. Cosen para los ricachos del pueblo y, á cambio de ímproba labor y de más ímprobos humillaciones van ganando su mezuquino vivir.

A tal extremo de penuria las trajo la enfermedad y la muerte del padre.

Allá, en Madrid, conoció doña Mercedes al joven escritor y unió la

hermosura de ella á las esperanzas del artista. Brava fué la pelea y sin miedo la soportaron uno y otro; jóvenes eran; había en la mujer bastante dulzura para suavizar las asperezas de la brega, bastante energía para proseguirla en el hombre. La prosiguieron entre privaciones y caricias. Al término tocaban; ya iban á convertirse las promesas en realidades de caudal y de gloria, cuando la parálisis descargó en el artista su mazazo brutal y lo dejó muerto en vida, impotente é inútil.

¡Pobres ahorros los hechos por la desdichada mujer! En pocos meses acabaron; en menos se agotó el producto de las obras, aún no consagradas, del artista. Al cabo de un año los auxilios materiales y morales faltaron. Pronto se olvida en la existencia á quien no es en ella factor; pronto olvidaron todos aquel cuerpo rendido contra una butaca en espera de definitiva sepultura.

Con ojos tristes contemplaba Ramirez desde la butaca inquisitorial á sus hijas.

Diez años contaba Dolores; en los doce frisaba Julia. Dos porvenires rotos en capullo por una traición de la suerte.

El poeta, contando con la posesión del futuro, quiso educarlas en un ambiente de arte y libertad. Haría de ellas mujeres dignas de este nombre; nutriría sus cerebros y vigorizaría sus músculos, para que no fuesen anémicas de cuerpo y de alma, seres enfermizos sin defensa contra la vida.

Así pensó y así, al lado suyo, sin más directores espirituales que la bondad materna y los ejemplos y advertencias del padre, fueron creciendo las dos niñas, en un ambiente de par en par abierto á las fantasías de la imaginación y á la independencia del espíritu.

Todo vino abajo. Las que empezaban á educarse para mujeres dueñas de sí propias, libres de conciencia y de voluntad, porque serían capaces de vivir sin auxilio ajeno, tuvieron que torcer el rumbo. La enfermedad del padre llévalas á la

aldea en busca de refugio, contra la miseria. La muerte del artista las amarró definitivamente. En aquel medio ruín, en aquel rincón egoísta se enterraron, con el hombre que dejaba de ser, las venturas de la esposa y el porvenir de sus dos hijas.

La pequeña, más dulce, con menos raíces en la vida anterior, plegóse timidamente al vivir aldeano, al ser cosa aparte en aquel mundo donde por su condición señoril no podían ganarse el afecto de los humildes, donde por su pobreza no eran recibidas en el círculo de los pudientes. Julia se plegaba también; pero se plegaba recogiendo sobre sí misma, más pronta al encrespamiento de la rebeldía, que al recogimiento de la resignación.

Y es que ella, entrábase por el mocerío cuando le arrancaron de Madrid.

Aquella habitación-estudio de Ramirez, donde tantas veces le contempló frente á las cuartillas, soñando en voz alta, dialogando con las imágenes de sus poemas; aquel

mundo de artistas que por la habitación-estudio pasaba como una ráfaga de aire tormentoso y alegre; aquellas ideas valientes, heterodoxas, enemigas del credo social en vigor que los artistas sustentaban, habíalas ella vivido. Hasta en una ocasión sintió la voz del arte dentro de sus nervios; sus manos de dedos ágiles y agudos, cogieron la pluma del maestro y borronearon sobre un papel versos, el principio de una historia de amor.

¡Cuanto rió el padre con aquel balbuceo de un alma infantil abriéndose á la luz de la poesía! ¡No está mal! ¡No está mal!—dijo golpeando cariñosamente la mejilla de su criatura.—Pero aún no es tiempo de crear. Oye y vé.

Ya ni aun ver y oír. En el largo invierno aldeano, siempre el paisaje cenizoso, siempre el mar encrespado, siempre el sol asomando, cuando asoma, lívido y sin calor por entre dos nubes ó neblinas.

Por su casa ¿quién iba á pasar? Algún pescador que traía á reven-

derles su redada; algún acreedor que les presentaba una cuenta; alguna señorita que venía á probarse un vestido y les hablaba sin mirarlas, poniendo defectos á todo, haciendo mohines desdefiosos.

¡En lo que toca á hombres! Del mal en menos, los marineros que todavía encontraban en su zafio diccionario amoroso requiebros donde palpataba la admiración noble del macho ante la belleza de la hembra.

Peor eran los señoritos. En sus flores había olor de compra, y había calor repugnante de lujuria en los golpecitos paternales que los hombres maduros les daban en sus mejillas frescas. Y, aunque fuera otra la intención, y no lo era, aquella gente ruin de aspecto, tosca de alma, no servía el realizar los ensueños de una criatura moldeada como pan de arte por los afanes de un poeta.

¡Cuántas, cuántas veces, luego de una de sus luchas por el pan cotidiano, luego de los desdenes con que la obsequiaban las ricachas; luego de sufrir en el cortejo de un

galán la afrenta de una esclava que los mercaderes cotizan, se encerraba Julia en el cuartito donde tenía su madre, como en tabernáculo, los recuerdos del artista que fué, y se encaraba con el retrato de su padre convirtiendo en interrogante doloroso sus ojos azules y sombríos!

Obra maestra de un gran pintor era aquel retrato, que no quiso vender la viuda ni en sus épocas de mayor escasez.

Por el cuello abierto de una camisa sin planchar, salía, en arrogante desaliño, la cabeza noble del poeta. Sus ojos parecían buscar en el espacio la leyenda inmortalizadora, sus labios se contraían entre sonrientes y nerviosos; la frente resplandecía con soberana luz, bajo el cabello desordenado y corto; la barba firme, algo vuelta hacia arriba, avanzaba sobre el cuello robusto, en ademán de reto.

El fondo, de un gris azulado en las cercanías del rostro, iba obscureciéndose poco á poco hasta convertirse en tiniebla.

Frente al retrato del artista tomaba asiento Julia durante sus horas de dolor; allí acudía á buscarla su hermana, la tierna criatura de los cabellos rubios y los ojos humildes.

Allí se juntaban contemplando silenciosamente lo que había quedado del muerto. Algunas coronas marchitas con cintajos llenos de motes rimbombantes, dos tomos, colección de sus obras, encuadernadas lujosamente, y una mesa, la suya, formada por un sólo tablero que se apoyaba sobre dos barrotes en tijera.

Tras la mesa triunfaba un sillón de cuero de Córdoba, labrado por artifices del XVII. En él dejaba caer la cabeza el poeta cuando la labor le rendía ó le solicitaba el ensoñar de ojos abiertos, que precede á la producción.

Aun había otra joya en el humilde relicario: un barro delicioso; un primer de finura y delicadeza: dos cabezas de niña con las caras juntas y los cabellos revueltos por un beso del aire. Aquel barro, donde sonreían dos ángeles, era el pasado de Do-

33011

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

lores y Julia ofreciéndose como una ironía ante los valientes ojos del muerto.

Era aquella habitación refugio de la madre y las hijas en sus horas de amargura y desfallecimiento, oratorio donde acudían para hacer del recuerdo plegaria; y era el jardinillo oasis en la jornada monótona y prosaica de su existir.



CAPÍTULO IV

FRENTE al jardín platicaban las dos hermanas bajo el ancho emparrado que ya comenzaba á granar, cuando se abrió la cancela del muro cediendo paso á *la Cantora* que traía sobre su cabeza un cesto de pescado.

Llevaba la falda á media pierna, remangados los brazos y en chanclos los pies.

Fresca y sana, la criatura montañesa dejaba caer las greñas sobre su cutis requemado por el aire y el sol. Por la chambra de percal entreabierto, descubriáanse los arranques